



unánimes

Principios doctrinales de oficiales

1. Exposición de motivos	4
2. La teología que enseñamos	4
3. Las Sagradas Escrituras.....	5
4. Dios.....	6
5. Dios Padre.....	7
6. Dios el Hijo	7
7. Dios el Espíritu Santo	9
8. El hombre	11
9. Salvación.....	13
9.1.Elección	13
9.2.La predestinación	14
9.3.La regeneración.....	14
9.4.El arrepentimiento.....	15
9.5.El llamado.....	15
9.6.Justificación	16
9.7.Santificación	16
9.8.Seguridad.....	17
9.9.Separación.....	17
10. La Iglesia	18
11. Ángeles	21
11.1.Santos Ángeles.....	21
11.2.Ángeles caídos	21
12. Últimas cosas.....	22
12.1.Muerte.....	22
12.2.El período de tribulación.....	22
12.3.El arrebatamiento de la Iglesia.....	23
12.4.La Segunda Venida y el Reinado Milenial.....	23
12.5.El juicio de los perdidos	23
12.6.Eternidad	24
13. Lo que significa ser cristiano	24
13.1.Dios es un Creador Soberano	24
13.2.Dios es santo	25

13.3.La humanidad es pecaminosa	25
13.4.El pecado exige una pena.....	25
13.5.Jesús es Señor y Salvador.....	25
13.6.El carácter de la fe salvadora	25

1. Exposición de motivos

Las Sagradas Escrituras nos llaman a tener unidad en lo que hay que tenerla. (Efesios 4:3-5 *...un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos*). Por tanto, la unidad doctrinal en los ministerios eclesiásticos es fundamental para la formación de discípulos. De esa forma podremos celosamente obedecer el mandato de Cristo cuando dijo: Mateo 28: 19... 20: *Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones... y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*.

Los oficiales de la iglesia tienen la responsabilidad de ser vigilantes de la sana doctrina, por lo tanto, deben examinar cuidadosamente los que se enseña y lo que se predica, de forma tal que en ambas actividades la iglesia sea fiel con lo que el Señor manda.

Los discipuladores (maestros) tienen una responsabilidad adicional a la de los discipulados, tener claro lo que el Señor Jesús ha mandado con el propósito de enseñarlo sin alteración. Ser falso maestro puede darse con mala intención o con buena intención, de igual forma se está formando y enseñando incorrectamente al pueblo de Dios y por ello habrá que rendir cuentas.

Consecuentemente hemos desarrollado esta declaración con el propósito de tener claridad y unidad doctrinal con la sola intención de enseñar y formar discípulos conforme al deseo y propósito divino. Por lo tanto, requerimos que cada oficial, maestro de enseñanza y líder de ministerio, junto con cualquier personal voluntario de tiempo parcial o completo que enseñe a través de Unánimes, afirme y se adhiera a estos artículos de creencia.

2. La teología que enseñamos

En Unánimes creemos y nos adherimos a las declaraciones antiguas de la fe cristiana: el Credo Apostólico, el Credo Niceno, la Definición de Fe de Calcedonia y las confesiones de fe de Westminster y Bautista, por tanto, nos definimos como históricamente ortodoxos.

Unánimes es confesionalmente de teología reformada. Apoyamos y adoptamos las doctrinas de la gracia expuestas en la reforma protestante. Adoptamos la teología reformada, tal como se expone en las “cinco solas” y en aquellas doctrinas donde hay consenso en las confesiones históricas reformadas. En términos de estas confesiones, las diferencias doctrinales entre ellas las hemos resuelto manifestando explícitamente nuestra doctrina en la presente declaración

Si bien reconocemos que los llamados «cinco puntos del calvinismo» no abarcan la totalidad de la teología reformada (según se encuentra en las confesiones), estos cinco puntos enfatizan de manera útil algunos de los elementos claves de la soteriología reformada:

1. **DEPRAVACIÓN TOTAL:** Desde la caída, los seres humanos sufren una corrupción que impregna toda su persona. El pecado ha afectado nuestros cuerpos, almas y mentes; todos los aspectos de nuestro ser.
2. **ELECCIÓN INCONDICIONAL:** La elección de la que habla la Biblia es incondicional. Ninguna acción prevista de los elegidos hace que sean elegidos ni proporciona la base de su elección.
3. **EXPIACIÓN LIMITADA:** El propósito de Dios para la expiación fue que Cristo muriera para expiar realmente los pecados de Su pueblo, no simplemente para proporcionar la posibilidad de salvación a todos.
4. **GRACIA IRRESISTIBLE:** En el momento señalado por Dios, todos aquellos que el Padre ha elegido y por los que Cristo murió son llamados eficazmente y regenerados soberanamente por el Espíritu Santo para fe salvífica.
5. **PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS:** Los que han sido llamados, regenerados y justificados no pueden caer total ni definitivamente del estado de gracia por causa del don de Dios que los preserva.

3. Las Sagradas Escrituras

Creemos y enseñamos que la Biblia es la revelación escrita de Dios al hombre, y por lo tanto los 66 libros de la Biblia que fueron inspirados por el Espíritu Santo constituyen la Palabra de Dios completa (inspirada por igual en todas partes) (1 Corintios 2:7-14; 2 Pedro 1:20-21).

Negamos la añadidura de los libros Deuterocanónicos. Negamos la añadidura de la tradición histórica de la iglesia como una normativa o autoridad del mismo rango de la Biblia. Negamos que lo decidido en concilios, bulas papales, declaraciones “excátedra”, dogmas o cualquier otra manifestación eclesiástica extrabíblica, tenga carácter escritural o goce de autoridad alguna ante las Sagradas Escrituras.

Creemos y enseñamos que la Biblia es una revelación objetiva y proposicional (1 Tesalonicenses 2:13; 1 Corintios 2:13), inspirada verbalmente en cada palabra (2 Timoteo 3:16), absolutamente inerrante en los documentos originales, infalible, suficiente, e inspirada por Dios.

Creemos y enseñamos la interpretación literal, gramatical-histórica de la Escritura que afirma la creencia de que los capítulos iniciales de Génesis presentan la creación en seis días (Génesis 1:31; Éxodo 31:17). Creemos y enseñamos que la Biblia constituye la única regla infalible y suprema de fe y práctica (Mateo 5:18; 24:35; Juan 10:35; 16:12-13; 17:17; 1 Corintios 2:13; 2 Timoteo 3:15-17; Hebreos 4:12; 2 Pedro 1:20-21).

Negamos las interpretaciones alegóricas de la creación, cual sea su forma. Negamos cualquier sujeción de las Escrituras a los hallazgos científicos contemporáneos.

Creemos y enseñamos que Dios habló en Su Palabra escrita por un proceso de doble autoría. El Espíritu Santo supervisó de tal manera a los autores humanos que, a través de sus personalidades individuales y diferentes estilos de escritura, compusieron y registraron la Palabra de Dios al hombre (2 Pedro 1:20-21) sin error en todo o en parte (Mateo 5:18; 2 Timoteo 3:16). Creemos y enseñamos que, si bien puede haber varias aplicaciones de cualquier pasaje dado de las Escrituras, no hay más que una interpretación verdadera.

Negamos que la Escritura es de producción humana solamente. Negamos que las Escrituras hayan sido manipuladas o tergiversadas y que por lo tanto no son confiables como Palabra de Dios. Negamos que los autores bíblicos fueron incapaces de dar a entender lo que el Espíritu Santo quiere enseñar. Negamos que exista cualquier contradicción en las Sagradas Escrituras. Negamos que, dentro de su humanidad, los autores bíblicos pudieran errar en datos históricos o científicos

El significado de la Escritura se encuentra cuando uno aplica diligentemente el método literal gramatical-histórico de interpretación (hermenéutica y exégesis) bajo el esclarecimiento y guía del Espíritu Santo (Juan 7:17; 16:12-15; 1 Corintios 2:7-15; 1 Juan 2:20), nunca contradiciendo o agregando lo que el Espíritu mismo inspiró en las Sagradas Escrituras, debido a que las Escrituras están completas, no requieren de adiciones y son aplicables para todas las generaciones.

Negamos la interpretación privada de las escrituras. Negamos una interpretación nueva que no haya sido sostenida por la ortodoxia cristiana a lo largo de la historia.

Las Escrituras en modo alguno son de interpretación privada. (2 Pedro 1:20-21) Es responsabilidad de los creyentes determinar cuidadosamente la verdadera intención y significado de las Escrituras que Dios le dio, reconociendo que la aplicación adecuada es vinculante para todas las generaciones. Sin embargo, la verdad de las Escrituras está para juicio de los hombres; nunca los hombres están en potestad de enjuiciar las Escrituras.

Negamos que la Escritura pueda ser interpretada privadamente o por una especial revelación del Espíritu Santo contraria al significado original. También negamos que las Escrituras estén incompletas o desfasadas a la época moderna y por lo tanto requieren una edición, reconstrucción o deconstrucción.

4. Dios

Creemos y enseñamos que no hay más que un Dios vivo y verdadero (Deuteronomio 6:4; Isaías 45:5-7; 1 Corintios 8:4), un Espíritu infinito y omnisciente (Juan 4:24), perfecto en todos Sus atributos, uno en esencia, que existe eternamente en tres Personas: Padre, Hijo y

Espíritu Santo (Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14), cada uno consustancial (homoousian) igualmente merecedor de adoración y obediencia.

Negamos que la Trinidad implique 3 dioses con esencias diferentes. Negamos también que Dios creó todas las cosas incluyendo las leyes naturales y luego se desentendió de su creación (Deísmo). Asimismo negamos que Jesús fue solamente hombre o que Jesús es solamente divino. Negamos también que el Padre es en esencia superior al Hijo y este superior al Espíritu Santo.

Negamos el Modalismo, el Docetismo, el Arianismo, el Nestorianismo y cualquier otra doctrina de Dios que contradiga los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia.

5. Dios Padre

Creemos y enseñamos que Dios el Padre, la primera Persona de la Trinidad, ordena y dispone todas las cosas de acuerdo con Su propio propósito y gracia (Salmo 145:8-9; 1 Corintios 8:6). Él es el ordenador de todas las cosas (Génesis 1:1-31; Efesios 3:9). Como el único Gobernante absoluto y omnipotente en el universo, Él es soberano y por lo tanto decreta la creación, la providencia y la redención (Salmo 103:19; Romanos 11:36). Su paternidad implica tanto Su designación dentro de la Trinidad como Su relación con la humanidad.

Negamos que Dios Padre es padre de toda la humanidad, en contraste a que sea Padre de la Iglesia solamente.

Como Creador, Él es Padre para todos los hombres (Efesios 4:6), pero Él es Padre espiritual sólo para los creyentes (Romanos 8:14; 2 Corintios 6:18). Él ha decretado para Su propia gloria todas las cosas que suceden (Efesios 1:11). Él continuamente sostiene, dirige y gobierna todas las criaturas y eventos (1 Crónicas 29:11). En Su soberanía Él no es ni el autor ni el aprobador del pecado (Habacuc 1:13; Juan 8:38-47), ni aliviana la responsabilidad de las criaturas morales e inteligentes (1 Pedro 1:17).

Él ha escogido gentilmente desde la eternidad a aquellos a quienes Él tendrá como Suyos (Efesios 1:4-6); Él salva del pecado a todos los que vienen a Él por medio de Jesucristo; Él adopta como suyos a todos los que vienen a Él; y se convierte en Padre de los Suyos (Juan 1:12; Romanos 8:15; Gálatas 4:5; Hebreos 12:5-9).

6. Dios el Hijo

Creemos y enseñamos que la segunda persona de la Trinidad, posee todas los atributos divinos y en ellos Él es igual, consustancial y coeterno con el Padre (Juan 10:30; 14:9).

Creemos y enseñamos que Dios el Padre ordenó la creación de acuerdo a Su propia voluntad, a través de Su Hijo, Jesucristo, por quien todas las cosas continúan en existencia y en funcionamiento (Juan 1:3; Colosenses 1:15–17; Hebreos 1:2).

Creemos y enseñamos que en la encarnación el Hijo eterno, la segunda Persona de la Trinidad, sin alterar Su naturaleza divina ni renunciar a ninguno de los atributos divinos, se humilló al asumir una naturaleza humana plena similar a la nuestra, pero sin pecado (Filipenses 2:5-8; Hebreos 4:15; 7:26).

Creemos y enseñamos que Él fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María (Lucas 1:35) y por lo tanto nacido de una mujer (Gálatas 4:4-5), de modo que dos naturalezas completas, perfectas y distintas, la divina y la humana, se unieron en una sola persona, sin confusión, cambio, división o separación, verdadero Dios y verdadero hombre (verus Deus et verus homo). Por lo tanto, Él es Dios y hombre, pero un solo Cristo, el único mediador entre Dios y el hombre.

Creemos y enseñamos que en Su encarnación, Cristo poseía plenamente Su naturaleza divina, atributos y prerrogativas (Colosenses 2:9; cf. Lucas 5:18-26; Juan 16:30; 20:28). Sin embargo, en el estado de Su humillación, Él no siempre expresó plenamente las glorias de Su majestad, ocultándolas detrás del velo de Su genuina humanidad (Mateo 17:2; Marcos 13:32; Filipenses 2:5–8). De acuerdo con Su naturaleza humana, Él actúa en sumisión al Padre (Juan 4:34; 5:19, 30; 6:38) por el poder del Espíritu Santo (Isaías 42:1; Mateo 12:28; Lucas 4:1, 14), mientras que, de acuerdo con Su naturaleza divina, Él actúa por Su autoridad y poder como el Hijo eterno (Juan 1:14; cf. 2:11; 10:37-38; 14:10-11).

Creemos y enseñamos que nuestro Señor Jesucristo logró nuestra redención a través del derramamiento de Su sangre y muerte sacrificial en la cruz y que Su muerte fue voluntaria, vicaria, sustitutiva, propiciatoria y redentora (Juan 10:15; Romanos 3:24–25; 5:8; 1 Pedro 2:24). Creemos y enseñamos que, sobre la base de la eficacia de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, el pecador creyente es liberado del castigo, la pena, el poder, y un día la presencia misma del pecado; y que es declarado justo, se le da vida eterna y se le adopta en la familia de Dios (Romanos 3:25; 5:8-9; 2 Corintios 5:14-15; 1 Pedro 2:24; 3:18).

Creemos y enseñamos que nuestra justificación está asegurada por Su resurrección literal y física de entre los muertos, que ascendió a los cielos y está a la diestra del Padre, donde ahora media como nuestro Abogado y Sumo Sacerdote (Mateo 28: 6; Lucas 24:38–39; Hechos 2:30–31; Romanos 4:25; 8:34; Hebreos 7:25; 9:24; 1 Juan 2:1).

Creemos y enseñamos que, en la resurrección de Jesucristo de la tumba, Dios confirmó la deidad de Su Hijo y dio prueba de que Dios ha aceptado la obra expiatoria de Cristo en la cruz. La resurrección corporal de Jesús es también la garantía de una vida de resurrección futura para todos los creyentes (Juan 5:26-29; 14:19; Romanos 1:4; 4:25; 6:5-10; 1 Corintios 15:20, 23).

Creemos y enseñamos que Jesucristo regresará por su iglesia, que es Su Cuerpo, para establecer Su reino milenar en la tierra (Hechos 1:9-11; 1 Tesalonicenses 4:13-18; Apocalipsis 20).

Creemos y enseñamos que el Señor Jesucristo es Aquel por medio del cual Dios juzgará a toda la humanidad (Juan 5:22-23). A los creyentes (1 Corintios 3:10-15; 2 Corintios 5:10) y a los muertos incrédulos en el Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15)

Como el Mediador entre Dios y el hombre (1 Timoteo 2:5), la Cabeza de Su Cuerpo la iglesia (Efesios 1:22; 5:23; Colosenses 1:18), y el Rey universal venidero, que reinará en el trono de David (Isaías 9:6; Lucas 1:31-33), Él es el Juez final de todos los que no ponen su confianza en Él como Señor y Salvador (Mateo 25:14-46; Hechos 17:30-31).

Creemos y enseñamos que Jesús es el sumo sacerdote de la iglesia, que realiza su ministerio mediador en los cielos. Negamos que Cristo tenga un vicario en la tierra. Negamos que haya un sumo pontífice en la tierra.

Negamos que exista otro mediador entre Dios y los hombres además de Jesucristo. Negamos que se necesite un intercesor entre Cristo y su Iglesia o que haya un sacerdocio aparte del sacerdocio universal de los creyentes. Negamos la adoración, la alabanza o la veneración a otro ser que no sean las tres divinas personas.

7. Dios el Espíritu Santo

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo es una Persona divina, eterna, que posee todos los atributos de personalidad y deidad, incluyendo intelecto (1 Corintios 2:10-13), emociones elevadas al grado de perfección divina (Efesios 4:30), voluntad (1 Corintios 12:11), eternidad (Hebreos 9:14), omnipresencia (Salmo 139:7-10), omnisciencia (Isaías 40:13-14), omnipotencia (Romanos 15:13) y veracidad (Juan 16:13).

Negamos que el Espíritu Santo experimente emociones o sentimientos humanos. Tales emociones y sentimientos son propios de seres caídos y no propios de Dios en su perfección.

En todos los atributos divinos Él es co-igual y consustancial con el Padre y el Hijo (Mateo 28:19; Hechos 5:3-4; 28:25-26; 1 Corintios 12:4-6; 2 Corintios 13:14; Jeremías 31:31-34 con Hebreos 10:15-17). Creemos y enseñamos que es obra del Espíritu Santo ejecutar la voluntad divina en relación con toda la humanidad. Reconocemos Su actividad soberana en la creación (Génesis 1:2), la encarnación (Mateo 1:18), la revelación escrita (2 Pedro 1:20-21) y la obra de salvación (Juan 3:5-7).

Creemos y enseñamos que la obra del Espíritu Santo en esta era comenzó en Pentecostés, cuando Él vino del Padre según lo prometido por Cristo (Juan 14:16-17; 15:26) para iniciar y completar la edificación del Cuerpo de Cristo, que es Su iglesia (1 Corintios 12:13). El amplio alcance de Su actividad divina incluye convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio; glorificar al Señor Jesucristo y testificar de Él, guiar a Su iglesia y transformar a los creyentes a la imagen de Cristo (Juan 16:7-9; Hechos 1:5; 2:4; Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18; Efesios 2:22).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo es el Agente sobrenatural y soberano en la regeneración de los elegidos, bautizando a todos los creyentes en el Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13). El Espíritu Santo también mora, santifica, instruye, da poder para el servicio y sella a los creyentes para el día de la redención (Romanos 8:9; 2 Corintios 3:6; Efesios 1:13).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo es el Maestro divino, quien guio a los apóstoles y profetas a toda verdad al comprometerse a escribir la revelación de Dios, la Biblia (2 Pedro 1:19-21). En cada creyente habita el Espíritu Santo desde el momento de la conversión y es el deber de todos los nacidos del Espíritu ser llenos (controlados por) el Espíritu (Juan 16:13; Romanos 8:9; Efesios 5:18; 1 Juan 2:20, 27).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo administra dones espirituales a la iglesia para el servicio de los santos. El Espíritu Santo no se glorifica ni a Sí mismo ni a Sus siervos por exhibiciones ostentosas, pero sí glorifica a Cristo al implementar Su obra de redimir a los perdidos y edificar a los creyentes en la fe santísima (Juan 16:13-14; Hechos 1:8; 1 Corintios 12:4-11; 2 Corintios 3:18). A este respecto, que Dios el Espíritu Santo es soberano en el otorgamiento de todos Sus dones para el perfeccionamiento de los santos de hoy y que hablar en lenguas y hacer milagros de señales en los primeros días de la iglesia fue con el propósito de señalar y autenticar a los apóstoles como reveladores de la verdad divina y nunca tuvieron la intención de ser característicos de la vida de los creyentes (1 Corintios 12:4-11; 13:8-10; 2 Corintios 12:12; Efesios 4:7-12; Hebreos 2:1-4).

Creemos y enseñamos que Dios es soberano en la impartición de dones, sean profecía, realización de milagros, etc. Sin embargo, es claro en las Escrituras que tales dones finalizaron

durante el período entre el cierre del Canon bíblico (90-95 d.C) y la forma final del Canon (Siglo IV). Esto no significa que no creamos en los milagros en absoluto, sino que no esperamos que estos sucedan como una obra normal del ministerio del Espíritu Santo hoy en día; práctica usual que tienen los llamados hacedores de milagros, sanadores o los llamados «apóstoles» modernos.

Solo hay un fundamento para la iglesia y un período de tiempo fundacional (Efesios 2:20-22). Ningún edificio está en eterna etapa fundacional. Si la intrincada conexión entre los dones milagrosos y el fundamento de la iglesia es verdadera (1 Co. 14:22; Heb 2:3-4), entonces por consecuencia buena y necesaria, los dones que sirven a un propósito fundamental, como el apostolado, la profecía, la obra milagrosa, la curación y las lenguas, han cesado después de cumplir ese propósito.

Negamos que los dones y ministerios como el apostolado, la profecía, la obra milagrosa, la curación y las lenguas existan como dinámica necesaria en la iglesia y sean considerados como requisitos para determinar la salvación o condenación de una persona como resultado de tener o no tener alguno de esos dones.

Creemos y enseñamos que la obra del Espíritu Santo no es en modo alguno dar revelación adicional a lo que está ya revelado en las Escrituras por lo tanto descalificamos cualquier revelación “nueva” que sea dada de conformidad con percepción humana.

8. El hombre

Creemos y enseñamos que el hombre fue creado directa e inmediatamente por Dios a Su imagen y semejanza. El hombre fue creado libre de pecado con una naturaleza racional, inteligencia, volición, autodeterminación y responsabilidad moral hacia Dios (Génesis 2:7, 15-25; Santiago 3:9). Creemos y enseñamos que la intención de Dios en la creación del hombre era que el hombre glorificara a Dios, disfrutara de la comunión de Dios, viviera su vida en la voluntad de Dios y, por medio de esto, cumpliera el propósito de Dios para el hombre en el mundo (Isaías 43: 7; Colosenses 1:16; Apocalipsis 4:11).

Negamos que el propósito del hombre es su propia realización y felicidad. Negamos que el hombre es en algún modo divino o una extensión de la Deidad. Negamos que el hombre es un animal semejante al resto de la creación. Negamos que el hombre sea autónomo (fijador de su propia ley).

Creemos y enseñamos que, en el pecado de desobediencia de Adán a la voluntad revelada y la Palabra de Dios, el hombre perdió su inocencia, incurrió en el castigo de la muerte espiritual y física, se sometió a la ira de Dios y se volvió inherentemente corrupto y completamente

incapaz de elegir o hacer lo que es aceptable para Dios aparte de la gracia divina. Sin poderes de recuperación que le permitan recuperarse a sí mismo, el hombre está irremediadamente perdido.

Negamos que, dentro del hombre, en su naturaleza caída, exista la capacidad para escoger lo que a Dios le agrada. Negamos que la caída del hombre ocurrió aparte de la voluntad soberana de Dios. Negamos que, dentro de la naturaleza caída humana, no exista el conocimiento de la ley moral de Dios, la cual es revelada a toda la humanidad, impresa en sus corazones.

La salvación del hombre es, por lo tanto, totalmente de la gracia de Dios a través de la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo (Génesis 2:16-17; 3:1-19; Juan 3:36; Romanos 3:23; 6:23; 1 Corintios 2:14; Efesios 2:1-3; 1 Timoteo 2:13-14; 1 Juan 1:8).

Negamos que hay mérito alguno (sinergismo) por parte del ser humano en la obra redentora de Salvación. Negamos el poder y la soberanía del “Libre Albedrío” en la obra salvífica de Dios. Esto es, que Dios es incapaz de salvar a la persona, a menos que la persona, dentro de su voluntad soberana, libre e imparcial, acepte el regalo del sacrificio de Cristo en la Cruz. Negamos que la gracia es un regalo ofrecido que puede ser rechazado. Esto es, que Cristo murió para abrir una oportunidad para que el ser humano, si así lo escoge, puede ser salvado. Implícito en esto está que el ser humano tenga la capacidad de rechazar a un Dios que en su voluntad, lo quiso salvar.

Creemos y enseñamos que, debido a que todos los hombres estaban en Adán, en el cambio de naturaleza adámica debido a su pecado, caída y maldición divina, una naturaleza corrompida ha sido transmitida a todos los hombres de todas las edades.

Esta naturaleza comprende el haber perdido la capacidad de no pecar (posse non peccare), mantiene su capacidad de pecar (posse peccare) y adquiere una imperiosa necesidad de pecar (non posse non peccare), siendo Jesucristo la única excepción.

Negamos que el hombre es esencialmente bueno. Que hay seres humanos buscando sinceramente a Dios sin ser regenerados por el Espíritu Santo. Negamos que el hombre es capaz de volverse “bueno” por su propia voluntad. Negamos que el hombre puede ser visto como “justo” ante Dios por sus propios méritos. (Isaías 64:6)

Por lo tanto, todos los hombres son pecadores por naturaleza, por elección y por declaración divina (Salmo 14:1-3; Jeremías 17:9; Romanos 3:9-18, 23; 5:10-12). En resumen, el hombre no es pecador porque peca, sino peca por ser pecador.

Negamos que el hombre tiene libre albedrío, esto es, que tiene absoluta capacidad de tomar sus decisiones libre de toda influencia. El ser humano toma sus decisiones de acuerdo con sus deseos y desea de acuerdo con sus valores o naturaleza. Al momento de tomar sus decisiones lo hace sin coacción o presión, solo en ese sentido es libre y por lo tanto responsable.

- a. El ser humano es esclavo de su naturaleza de pecado previo a la conversión (Juan 8:34, Romanos 6:16, 6:20, 7:14), no es libre y es así como decide, en esclavitud.
- b. Luego de su entrega al Señor (Kyrios, Adonai) pasa a ser esclavo de Cristo (doulos) y decide de conformidad con su nueva naturaleza en Cristo (1 Corintios 7:22, Mateo 11:28-29). Nunca es totalmente libre.

9. Salvación

Creemos y enseñamos que la salvación es de Dios: por gracia solamente, por fe solamente, en Cristo solamente y para la gloria de Dios solamente. La base sobre la cual se construye nuestra salvación es la redención de Jesucristo, el mérito de Su sangre derramada y su vida santa y no sobre la base del mérito u obras humanas (Juan 1:12; Efesios 1:7; 2:8–10; 1 Pedro 1:18–19). La Biblia enseña un orden cronológico para la salvación del ser humano. (Ordo salutis Romanos 8:28-30)

Negamos que exista otro instrumento para la salvación de almas que la obra de Jesucristo solamente aplicada a los creyentes por gracia solamente por fe solamente.

9.1. Elección

Creemos y enseñamos que la elección es el acto de Dios por el cual, antes de la fundación del mundo, Él escogió en Cristo a aquellos a quienes Él gentilmente regenera, salva y santifica (Romanos 8:28-30; Efesios 1:4–11; 2 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 2:10; 1 Pedro 1:1–2).

Creemos y enseñamos que, aunque los niños nacen con su naturaleza caída y por lo tanto no hay ninguno inocente, el acto de elección divina y en consecuencia, la aplicación de la gracia salvífica, evita su condenación.

Negamos que la elección divina está condicionada en modo alguno al mérito de sus criaturas. Negamos que, por elección, se entienda que Dios observó quienes iban a llevar una vida recta y cristiana, y que por su Libre Albedrío iban a entregarse a Cristo, y los eligió con base a ese criterio. Negamos que la elección sea otra cosa, que la decisión soberana de Dios, que decretó desde antes que creara todas las cosas, quienes iban a salvarse y quienes iban a condenarse, tomando en cuenta únicamente su propio consejo y voluntad para su creación.

Creemos y enseñamos que la elección soberana no contradice ni niega la responsabilidad del hombre de arrepentirse y confiar en Cristo como Salvador y Señor (Ezequiel 18:23, 32; 33:11; Juan 3:18–19, 36; 5:40; Romanos 9:22–23; 2 Tesalonicenses 2:10–12; Apocalipsis 22:17). Sin embargo, dado que la gracia soberana incluye los medios para recibir el don de la salvación, así como el don mismo, la elección soberana resultará en lo que Dios determine. Todos los que el Padre llama a sí mismo vendrán en fe, y todos los que vengan en fe el Padre recibirá (Juan 6:37–40, 44; Hechos 13:48; Santiago 4:8). Creemos que Dios elige las causas primarias (su propósito y fin) y las causas secundarias (los medios, tales como la oración, la predicación del evangelio, la Iglesia) las cuales muchas son delegadas a la responsabilidad humana. Los hombres van a rendir cuentas del manejo de estos recursos.

Creemos y enseñamos que el favor inmerecido que Dios concede a los pecadores totalmente depravados no está relacionado con ninguna iniciativa de su propia parte o con la anticipación de Dios de lo que podrían hacer, sino que es únicamente de Su gracia y misericordia soberanas (Efesios 1:4–7; Tito 3:4–7; 1 Pedro 1:2).

Creemos y enseñamos que las elecciones divinas no deben considerarse basadas simplemente en la soberanía abstracta, arbitraria o aleatoria. Esto es, aparte de sus otros atributos. Dios es verdaderamente soberano, pero ejerce esta soberanía en armonía con Sus otros atributos, especialmente Su omnisciencia, justicia, santidad, sabiduría, gracia y amor (Romanos 9:11–16).

Esta soberanía siempre exaltará la voluntad de Dios de una manera totalmente consistente con Su carácter revelado en la vida de nuestro Señor Jesucristo (Mateo 11:25–28; 2 Timoteo 1:9).

9.2. La predestinación

La Biblia nos enseña que Dios predestinó a los que habían de ser sus hijos adoptivos y por tanto a su iglesia, por soberanía y gracia divina, desde antes de la fundación del mundo con el propósito de ser hechos conforme a la imagen de su Hijo. (Romanos 8:29, Efesios 1, Juan 17).

9.3. La regeneración

Creemos y enseñamos que la regeneración es una obra sobrenatural del Espíritu Santo por la cual se da la naturaleza divina y la vida divina (Juan 3:3–7; Tito 3:5). Es instantáneo y se logra únicamente por el poder del Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios (Juan 5:24). Se da previo a que el pecador se arrepienta y deposite su fe en Jesucristo. (Regeneración precede la fe). El pecador, muerto en sus delitos y pecados

(Efesios 2:1), está inhabilitado para escuchar la revelación divina del evangelio pues... está muerto espiritualmente.

Una vez regenerado (nacido de nuevo), el Espíritu Santo le convence de pecado, el pecador arrepentido, según es habilitado por el Espíritu Santo, responde con fe (don impartido por el Espíritu Santo al momento de la regeneración) a la provisión divina de salvación.

Negamos que la fe sucede antes que la regeneración, o el nuevo nacimiento.

9.4. El arrepentimiento

La regeneración genuina se manifiesta por frutos dignos de arrepentimiento como se demuestra en actitudes y conductas justas. El término arrepentimiento (del griego *metanoia*, referencia Strong G3341, significa implicación de dar marcha atrás y cambiar de rumbo. Ese deseo de cambio de vida y conducta también viene de Dios por gracia a través de acciones divinas que producen culpa y arrepentimiento para salvación. (2 Corintios 7:10). Los apóstoles predicaron el arrepentimiento como precedente a la conversión. (Hechos 3:19-20 y Mateo 3-8)

Las buenas obras son la evidencia apropiada y el fruto de la regeneración (1 Corintios 6:19–20; Efesios 2:10), y se experimentará en la medida en que el creyente se someta al control del Espíritu Santo en su vida a través de la obediencia fiel a la Palabra de Dios (Efesios 5:17-21; Filipenses 2:12b; Colosenses 3:16; 2 Pedro 1:4–10).

Esta obediencia hace que el creyente se conforme cada vez más a la imagen de nuestro Señor Jesucristo (2 Corintios 3:18). Tal conformidad es culminada en la glorificación del creyente en la venida de Cristo (Romanos 8:17; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 3:2-3).

Una vida no sometida al señorío de Jesús es evidencia clara de que el espíritu de tal persona no ha sido regenerado por el Espíritu Santo y por tanto no es creyente, no es miembro de la iglesia de Cristo (formada por sus discípulos) y por tanto va hacia la condenación eterna.

9.5. El llamado

A todos los predestinados, de acuerdo con las diferentes épocas, una vez traídos a la existencia, les hace un llamado irresistible, pues a todos los predestinados llamó y a todos ellos justificó. (Romanos 8:30).

9.6. Justificación

Creemos y enseñamos que la justificación ante Dios es un acto de Dios (Romanos 8:33) por el cual Él declara justos a aquellos que, por medio de la fe en Cristo, se arrepienten de sus pecados (Lucas 13:3; Hechos 2:38; 3:19; 11:18; Romanos 2:4; 2 Corintios 7:10; Isaías 55:6-7) y confesarlo como Señor soberano (Romanos 10:9-10; 1 Corintios 12:3; 2 Corintios 4:5; Filipenses 2:11). Esta justicia está separada de cualquier virtud u obra del hombre (Romanos 3:20; 4:6) e implica la imputación de nuestros pecados a Cristo (Colosenses 2:14; 1 Pedro 2:24) gracias a su muerte sustitutiva y la imputación de la justicia y santidad de Cristo a nosotros, gracias a su vida santa. (1 Corintios 1:30; 2 Corintios 5:21). Por este medio Dios está capacitado para "ser justo y el justificador del que tiene fe en Jesús" (Romanos 3:26).

9.7. Santificación

Creemos y enseñamos que cada creyente es santificado (apartado) para Dios por la justificación y, por lo tanto, es declarado e identificado como santo. Esta santificación es posicional e instantánea y no debe confundirse con la santificación progresiva. Esta santificación tiene que ver con la posición del creyente, no con su caminar o condición actual (Hechos 20:32; 1 Corintios 1:2, 30; 6:11; 2 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 2:11; 3:1; 10:10, 14; 13:12; 1 Pedro 1:2).

Creemos y enseñamos que también hay, por la obra del Espíritu Santo, una santificación progresiva por la cual el estado del creyente se acerca a conformarse (hacerse en forma) a Jesucristo. A través de la obediencia a la Palabra de Dios y el poder del Espíritu Santo, el creyente es capaz de vivir una vida de santidad creciente en conformidad con la voluntad de Dios, llegando a ser cada vez más como nuestro Señor Jesucristo (Juan 17:17, 19; Romanos 6:1–22; 2 Corintios 3:18; 1 Tesalonicenses 4:3–4; 5:23).

Negamos que el hombre tiene algún mérito en su salvación eterna, sea por obras, por elegir creer o por bondad auto percibida. Que hay seres humanos que pueden ser salvos, esto es tener a Jesús como su salvador, pero al mismo tiempo vivir una vida pecaminosa, esto es no tener a Jesús como su Señor. Negamos que hay diferentes niveles de santidad o que el hombre sea capaz, luego de ser regenerado, de acumular obras meritorias aparte del ministerio constante del Espíritu Santo.

En este sentido, creemos y enseñamos que cada persona salva está involucrada en un conflicto diario, la nueva creación en Cristo luchando contra la carne, pero se hace una provisión adecuada para la victoria a través del poder del Espíritu Santo que mora en nosotros. Sin embargo, la lucha permanece con el creyente durante toda esta vida terrenal y nunca termina por completo hasta que sea glorificado y su capacidad de pecar

(posse peccare) sea removida, siendo sustituida por su capacidad de no pecar (posse non peccare) y por la imposibilidad de pecar (non posse peccare) dada la nueva naturaleza gloriosa impartida por Dios.

Todas las afirmaciones sobre la erradicación del pecado en esta vida no son bíblicas. La erradicación del pecado no es posible, pero el Espíritu Santo provee para la victoria sobre el pecado (Gálatas 5:16-25; Efesios 4:22-24; Filipenses 3:12; Colosenses 3:9-10; 1 Pedro 1:14-16; 1 Juan 3:5-9).

9.8. Seguridad

Creemos y enseñamos que todos los redimidos, una vez salvos, son guardados por el poder de Dios y por lo tanto están seguros en Cristo para siempre (Juan 5:24; 6:37-40; 10:27-30; Romanos 5:9-10; 8:1, 31-39; 1 Corintios 1:4-8; Efesios 4:30; Hebreos 7:25; 13:5; 1 Pedro 1:5; Judas 24).

Creemos y enseñamos que es el privilegio de los creyentes regocijarse en la seguridad de su salvación a través del testimonio de la Palabra de Dios, que, sin embargo, prohíbe claramente el uso de la libertad cristiana como una ocasión para la vida pecaminosa y la carnalidad (Romanos 6:15-22; 13:13-14; Gálatas 5:13, 25-26; Tito 2:11-14).

9.9. Separación

Creemos y enseñamos que la separación del pecado es requerida en todo el Antiguo y Nuevo Testamento, y que las Escrituras indican claramente que en los últimos días la apostasía y la mundanidad aumentarán (2 Corintios 6:14-7:1; 2 Timoteo 3:1-5).

Creemos y enseñamos que, por profunda gratitud, por la gracia inmerecida de Dios que se nos ha concedido y porque nuestro Glorioso Dios es tan digno de nuestra consagración total, todos los salvos debemos vivir de tal manera que demuestre nuestro amor adorador a Dios y no traer reproche sobre nuestro Señor y Salvador. También creemos y enseñamos que la separación de toda apostasía religiosa y prácticas mundanas y pecaminosas es ordenada por Dios (Romanos 12:1-2, 1 Corintios 5:9-13; 2 Corintios 6:14-7:1; 1 Juan 2:15-17; 2 Juan 9-11).

Creemos y enseñamos que los creyentes deben ser separados para nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 1:11-12; Hebreos 12:1-2) y afirmamos que la vida cristiana es una vida de justicia obediente que refleja la enseñanza del Sermón del Monte (Mateo caps 5, 6 y 7) y una búsqueda continua de la santidad (Romanos 12:1-2; 2 Corintios 7:1; Hebreos 12:14; Tito 2:11-14; 1 Juan 3:1-10).

10. La Iglesia

Creemos y enseñamos que todos los que depositan su fe en Jesucristo son inmediatamente colocados por el Espíritu Santo en un Cuerpo espiritual unido, la iglesia (1 Corintios 12:12-13), la novia de Cristo (2 Corintios 11:2; Efesios 5:23-32; Apocalipsis 19:7-8), de la cual Cristo es la Cabeza (Efesios 1:22; 4:15; Colosenses 1:18).

Creemos y enseñamos que la formación de la iglesia, el Cuerpo de Cristo, comenzó en el Día de Pentecostés (Hechos 2:1-21, 38-47) y se completará en la venida de Cristo para los Suyos en el arrebatamiento (1 Corintios 15:51-52; 1 Tesalonicenses 4:13-18).

Creemos y enseñamos que la iglesia es, por lo tanto, un organismo espiritual único diseñado por Cristo, formado por todos los creyentes nacidos de nuevo en esta era presente (Efesios 2:11-3:6). La iglesia es distinta del Israel pasado (1 Corintios 10:32), un misterio que no se reveló hasta esta era (Efesios 3:1-6; 5:32). En el presente la iglesia está conformada por judíos y gentiles y por lo tanto se constituye en una nueva humanidad. (Efesios 2:11-22)

Creemos y enseñamos que el establecimiento y la continuidad de las iglesias locales (Ekklēsia) se enseña y define claramente en las Escrituras del Nuevo Testamento (Hechos 14:23, 27; 20:17, 28; Gálatas 1:2; Filipenses 1:1; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1) y que los miembros del único Cuerpo espiritual son dirigidos a asociarse en asambleas locales (1 Corintios 11:18-20; Hebreos 10:25).

Negamos la doctrina de la salvación por afiliación. Negamos también el concepto de que todas las personas que se congregan en las iglesias locales son salvas y discípulos de Cristo. El trigo crece al lado de la cizaña (Mateo 13:24-52). Negamos que haya dos clases de creyentes en la iglesia, los que tienen a Jesús solamente como salvador porque hicieron una profesión de fe pero no le obedecen y los que tienen a Jesús como salvador y Señor. (Mateo 7:20-28, Santiago 2:14-25, 1 Corintios 5:9-13).

Creemos y enseñamos que la única autoridad suprema para la iglesia es Cristo (1 Corintios 11:3; Efesios 1:22; Colosenses 1:18) y que el liderazgo de la iglesia, los dones, el orden, la disciplina y la adoración son sujetos a Él de conformidad con las Escrituras.

Creemos y enseñamos que los oficiales designados bíblicamente que sirven a la iglesia bajo la autoridad de Cristo son llamados ancianos, obispos, maestros, pastores y diáconos (Hechos 20:28; Efesios 4:11), todos los cuales deben cumplir con los requisitos bíblicos (1 Timoteo 3:1-13; Tito 1:5-9; 1 Pedro 5:1-5). El grupo de ancianos y pastores constituye el presbiterio o consejo de ancianos, el cual es aconsejado y supervisado por un superintendente llamado obispo (Episcopos). Los aspirantes a presbíteros (oficiales) son propuestos por algún miembro

del presbiterio y se decide de forma colegiada. Estos líderes dirigen o gobiernan como siervos de Cristo (1 Timoteo 5:17–22) y tienen Su autoridad para dirigir la iglesia. La congregación debe someterse a su liderazgo en el Señor. (Hebreos 13:7-17).

Creemos y enseñamos que las mujeres pueden servir en la iglesia en todos los ministerios de acción social, servicios en asambleas o discipulado a niños o mujeres. (Complementarismo)

Negamos que pueda haber pastores, obispos y ancianos del sexo femenino. (igualitarismo). (1 Timoteo 2:11-14, 1 Timoteo 3:1-2, Tito 1: 6-9) y que maestros del sexo femenino puedan enseñar a los hombres de la iglesia.

Creemos y enseñamos la importancia del discipulado (Mateo 28:19-20; 2 Timoteo 2:2), la responsabilidad mutua de todos los creyentes entre sí (Mateo 18:5-14), así como la necesidad de disciplina de los miembros pecadores de la congregación de acuerdo con las normas de las Escrituras (Mateo 18:15-22; Hechos 5:1–11; 1 Corintios 5:1–13; 2 Tesalonicenses 3:6–15; 1 Timoteo 1:19–20; Tito 1:10–16).

Creemos y enseñamos la autonomía de la iglesia local, libre de cualquier autoridad o control externo, con el derecho de autogobierno y la libertad de la interferencia de cualquier jerarquía de individuos u organizaciones (Tito 1: 5). Creemos y enseñamos que es bíblico que las iglesias verdaderas cooperen entre sí para la presentación y propagación de la fe. Sin embargo, cada iglesia local, a través de sus oficiales y su correcta interpretación y aplicación de las Escrituras, debe ser el único juez de la medida y el método de su cooperación. Los oficiales también deben determinar todos los demás asuntos de membresía, política, disciplina, benevolencia y gobierno (Hechos 15:19–31; 20:28; 1 Corintios 5:4–7, 13; 1 Pedro 5:1–4).

Negamos que solamente por una declaración doctrinal una iglesia es una congregación de Cristo. La iglesia debe mostrar con evidencia su sujeción a Cristo mediante la obediencia de sus mandamientos.

Creemos y enseñamos que el propósito de la iglesia es glorificar a Dios (Efesios 3:21) al edificarse en la fe (Efesios 4:13-16), al instruir la Palabra (2 Timoteo 2:2, 15; 3:16-17), al comunicarse (Hechos 2:47; 1 Juan 1:3), al guardar las ordenanzas (Lucas 22:19; Hechos 2:38–42) al promover y comunicar el Evangelio al mundo entero (Mateo 28:19; Hechos 1:8; 2:42) y al dedicarse a aliviar el sufrimiento de los necesitados (Mateo 25:31-46).

Creemos y enseñamos que los oficiales de la iglesia tienen la obligación y responsabilidad de preparar a los santos para el servicio y que los santos a su vez tienen la obligación y responsabilidad de servir. (1 Corintios 15:58; Efesios 4:12; Apocalipsis 22:12).

Creemos y enseñamos la necesidad de la iglesia de obedecer a Dios y así cumplir Su propósito en el mundo. Con ese fin, Él le da a la iglesia dones espirituales. Él da hombres escogidos con el propósito de equipar a los santos para la obra del ministerio (Efesios 4:7-12) y también da habilidades espirituales únicas y especiales a cada miembro del Cuerpo de Cristo (Romanos 12:5-8; 1 Corintios 12:4-31; 1 Pedro 4:10-11) de acuerdo con las épocas y etapas de la iglesia.

Creemos y enseñamos que hubo dos tipos de dones dados a la iglesia primitiva: *dones milagrosos* de revelación divina y sanidad, dados temporalmente en la era apostólica con el propósito de confirmar la autenticidad del mensaje de los apóstoles (Hebreos 2: 3-4; 2 Corintios 12:12); y *los dones ministeriales*, dados a los creyentes para edificación mutua.

Con la revelación del Nuevo Testamento completa, la Escritura se convierte en la única prueba de la autenticidad del mensaje comunicado por un proclamador del evangelio. No es necesario validar a un hombre o su mensaje por medio de dones de naturaleza milagrosa (1 Corintios 13: 8-12). Los dones milagrosos pueden incluso ser falsificados por Satanás para engañar incluso a los creyentes (1 Corintios 13:13-14:12; Apocalipsis 13:13-14). Los únicos dones en funcionamiento son aquellos que se dan para la edificación (Romanos 12:6-8).

Creemos y enseñamos que nadie posee el don de la sanación o sanidad hoy en día, sino que Dios escucha y contesta la oración de fe y responderá de acuerdo con Su propia voluntad perfecta para los enfermos, los que sufren y los afligidos (Lucas 18:1-6; Juan 5:7-9; 2 Corintios 12:6-10; Santiago 5:13-16; 1 Juan 5:14-15).

Creemos y enseñamos que se han comprometido dos ordenanzas a la iglesia local: el bautismo y la Cena del Señor (Hechos 2:38-42). El bautismo cristiano por inmersión (Hechos 8:36-39) es el testimonio solemne y hermoso de un creyente que muestra su fe en el Salvador crucificado, sepultado y resucitado, y su unión con Él en la muerte al pecado y la resurrección a una nueva vida (Romanos 6:1-11). También es un signo de comunión e identificación con el Cuerpo visible de Cristo (Hechos 2:41-42).

Creemos y enseñamos que el bautismo cristiano es una orden emanada de Jesús y que debe ser ejecutada incondicionalmente. (Mateo 28:19 *Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,*) Este acto se debe realizar en el nombre del trino Dios. Así mismo este acto solo es realizable por creyentes que se han arrepentido de la vida mundana y desean vivir una vida sujetos al señorío de Cristo. (Metanoia). Creemos que es mediante el bautismo que:

- i. se hacen los discípulos (*haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos*)
- ii. se pasa a formar parte de la iglesia Hechos 2:37-38... 41 (*Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles:*

—*Hermanos, ¿qué haremos?*

Pedro les dijo:

—*Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo,*

*...Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se **añadieron** aquel día como tres mil personas)*

iii. se sepulta al viejo ser y renace un nuevo ser (Romanos 6:4), y que en ese acto se hace la profesión de fe (Romanos 10:9-10).

Creemos y enseñamos que la Cena del Señor es la conmemoración y proclamación de Su muerte hasta que Él venga y siempre debe ser precedida por un solemne autoexamen (1 Corintios 11:28–32). También creemos y enseñamos que, mientras que los elementos de la Comunión son *sólo representativos* de la carne y la sangre de Cristo, la participación en la Cena del Señor es, sin embargo, una comunión con Cristo resucitado, que mora en cada creyente, y por lo tanto está presente, en su naturaleza divina, en comunión con su pueblo (1 Corintios 10:16). Este acto conmemorativo es exclusivo para los santos (su iglesia) y no debe ser impartido a aquellos que no tienen a Jesucristo como Señor y por tanto no son incorporados como miembros de la iglesia local.

Creemos y enseñamos que la adoración (Proskunéo) y alabanza (Épainos) son términos bíblicos dirigidos al sometimiento y postración a Dios y al reconocimiento a su grandeza y nuestra pequeñez mediante la exaltación de su santa naturaleza. Ambas deben ser dirigidas a agradar a Dios y no a los hombres.

Negamos que los términos alabanza y adoración sean géneros musicales y que sean un espectáculo de complacencia para la congregación o atracción para incrédulos.

11. Ángeles

11.1. Santos Ángeles

Creemos y enseñamos que los ángeles son seres creados y, por lo tanto, no deben ser adorados. Aunque son un orden de creación superior al hombre, han sido creados para servir a Dios y adorarlo (Lucas 2:9–14; Hebreos 1:6–7, 14; 2:6–7; Apocalipsis 5:11–14; 19:10; 22:9).

11.2. Ángeles caídos

Creemos y enseñamos que Satanás es un ángel creado y el autor del pecado. Él recibió el juicio de Dios al rebelarse contra su Creador (Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19), al llevar consigo numerosos ángeles en su caída (Mateo 25:41; Apocalipsis 12:1–14), introdujo el pecado en la especie humana por su tentación a Eva (Génesis 3:1–15).

Creemos y enseñamos que Satanás es el enemigo abierto y declarado de Dios y del hombre (Isaías 14:13–14; Mateo 4:1–11; Apocalipsis 12:9–10); que él es el príncipe de este mundo, que ha sido derrotado por la muerte y resurrección de Jesucristo (Romanos 16:20); y que será castigado eternamente en el lago de fuego (Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19; Mateo 25:41; Apocalipsis 20:10).

Negamos la adoración angélica. El servicio angélico a seres humanos sujetos a la voluntad del hombre. Negamos también que el diablo esté atado o prisionero en esta época.

12. Últimas cosas

12.1. Muerte

Creemos y enseñamos que

- a. La muerte física no implica la pérdida de nuestra conciencia inmortal (Apocalipsis 6:9-11)
- b. El alma de los redimidos pasa inmediatamente a la presencia de Cristo (Lucas 23:43; Filipenses 1:23; 2 Corintios 5:8),
- c. Hay una separación del alma y el cuerpo (Filipenses 1:21-24),
- d. Para los redimidos, tal separación continuará hasta el arrebatamiento de la iglesia (1 Tesalonicenses 4:13-17), que inicia la primera resurrección (Apocalipsis 20:4-6), cuando nuestra alma y nuestro cuerpo glorioso se reunirán para ser glorificados para siempre con nuestro Señor (Filipenses 3:21; 1 Corintios 15:35-44, 50–54). Hasta ese momento, las almas de los redimidos en Cristo permanecen en gozosa comunión con nuestro Señor Jesucristo (2 Corintios 5:8).

Creemos y enseñamos la resurrección corporal de todos los hombres, los salvos a la vida eterna (Juan 6:39; Romanos 8:10–11, 19–23; 2 Corintios 4:14), y los inconversos al juicio y al castigo eterno (Daniel 12:2; Juan 5:29; Apocalipsis 20:13–15).

Que las almas de los inconversos al morir se mantienen bajo castigo hasta la segunda resurrección (Lucas 16:19–26; Apocalipsis 20:13-15), cuando el alma y el cuerpo de resurrección estarán unidos (Juan 5:28-29). Luego aparecerán en el Juicio del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15) y serán arrojados al infierno, el lago de fuego (Mateo 25:41-46), separados de la vida de Dios para siempre (Daniel 12:2; Mateo 25:41–46; 2 Tesalonicenses 1:7–9).

12.2. El período de tribulación

Creemos y enseñamos que los juicios justos de Dios serán derramados sobre un mundo incrédulo (Jeremías 30:7; Daniel 9:27; 12:1; 2 Tesalonicenses 2:7–12; Apocalipsis 16),

y que estos juicios serán culminados por el regreso de Cristo en gloria a la tierra (Mateo 24:27-31; 25:31-46; 2 Tesalonicenses 2:7-12). En ese momento todos los santos, tanto los del Antiguo Testamento como su iglesia (formada y adquirida con posterioridad a La Cruz) serán resucitados. Creemos y enseñamos que la iglesia estará presente durante el período de gran tribulación pero que será guardada de la ira de Dios, así como Dios guardó de su ira al pueblo de Israel durante las 10 plagas de Egipto. (Éxodo caps 7, 8, 9, 10 y 11, 1 Tesalonicenses 1:10, Apocalipsis 13:7-10, Apocalipsis 18:4).

12.3. El arrebatamiento de la Iglesia

Creemos y enseñamos el regreso personal y corporal de nuestro Señor Jesucristo posterior a la gran tribulación de siete años (1 Tesalonicenses 4:16; Tito 2:13) para unir a Su iglesia que en ese momento esté con vida con los santos que habían dormido en Cristo (Juan 14:1-3; 1 Corintios 15:51-53; 1 Tesalonicenses 4:15-5:11) y reinar con ellos. Entendemos que tanto históricamente como actualmente hay otras posiciones sobre este tema (pre tribulación, mid tribulación) sin embargo vemos la necesidad de expresar nuestra posición debido a que será la posición post tribulación la que enseñaremos.

12.4. La Segunda Venida y el Reinado Milenial.

Creemos y enseñamos que, después del período de tribulación, Cristo vendrá a la tierra para ocupar el trono de David (Mateo 25:31; Lucas 1:31-33; Hechos 1:10-11; 2:29-30) y establecer Su reino mesiánico por 1,000 años en la tierra (Apocalipsis 20:1-7). Durante este tiempo, los santos resucitados reinarán con Él sobre Israel y todas las naciones de la tierra (Ezequiel 37:21-28; Daniel 7:17-22; Apocalipsis 19:11-16). Este reinado será precedido por el derrocamiento del Anticristo y el Falso Profeta, y por la eliminación temporal de Satanás del mundo (Daniel 7:17-27; Apocalipsis 20:1-7).

Creemos y enseñamos que este tiempo del reinado de nuestro Señor se caracterizará por la armonía, la justicia, la paz, la rectitud y la larga vida (Isaías 11; 65:17-25; Ezequiel 36:33-38) y será llevado a su fin con la liberación de Satanás (Apocalipsis 20:7). Entendemos que tanto históricamente como actualmente hay otras posiciones sobre este tema (amilenialismo, post milenialismo, premilenialismo dispensacional) sin embargo vemos la necesidad de expresar nuestra posición debido a que será la posición pre milenialismo histórico la que enseñaremos.

12.5. El juicio de los perdidos

Creemos y enseñamos que después del reinado de 1,000 años de Cristo (Apocalipsis 20:7) y de la liberación de Satanás, este engañará a las naciones de la tierra y las reunirá para luchar contra los santos y la ciudad amada, momento en el cual Satanás y su

ejército serán devorados por el fuego del cielo (Apocalipsis 20:9). Después de esto, Satanás será arrojado al lago de fuego y azufre (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:10), con lo cual Cristo, quien es el Juez de todos los hombres (Juan 5:22), resucitará y juzgará a los grandes y pequeños en el Juicio del Gran Trono Blanco.

Creemos y enseñamos que esta resurrección de los muertos inconversos al juicio será una resurrección física, tras lo cual al recibir su juicio (Juan 5:28-29), serán comprometidos a un castigo consciente eterno en el lago de fuego (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:11-15).

Negamos la desaparición o aniquilación del alma. También negamos la salvación universal.

12.6. Eternidad

Creemos y enseñamos que después del cierre del milenio, la liberación temporal de Satanás y el juicio de los incrédulos (2 Tesalonicenses 1:9; Apocalipsis 20:7-15), los salvos entrarán en el estado eterno de gloria con Dios, después del cual los elementos de esta tierra deben ser disueltos (2 Pedro 3:10) y reemplazados por una tierra nueva, en la que sólo mora la justicia (Efesios 5:5; Apocalipsis 20:15; 21:1-27; 22:1-21).

Después de esto, la ciudad celestial descenderá del cielo (Apocalipsis 21:2) y será la morada de los santos, donde disfrutarán para siempre de la comunión con Dios y entre sí (Juan 17:3; Apocalipsis 21-22). Nuestro Señor Jesucristo, habiendo cumplido Su misión redentora, entonces entregará el reino a Dios el Padre (1 Corintios 15:24-28), para que en todas las esferas el Dios trino reine por los siglos de los siglos (1 Corintios 15:28).

13. Lo que significa ser cristiano

Ser cristiano es más que identificarse con una religión en particular o afirmar un cierto sistema de valores. Ser cristiano significa que hemos abrazado lo que la Biblia dice acerca de Dios, la humanidad y la salvación y por tanto nos hemos entregado genuinamente a Jesús como Señor y salvador.

13.1. Dios es un Creador Soberano

El pensamiento contemporáneo dice que el hombre es el producto de la evolución. Pero la Biblia dice que fuimos creados por un Dios personal para amar, servir y disfrutar de una comunión interminable con Él. El Nuevo Testamento revela que fue Jesús mismo quien creó todo (Juan 1:3; Colosenses 1:16). Por lo tanto, Él también posee y gobierna todo (Salmo 103:19). Eso significa que Él tiene autoridad sobre nuestras vidas y le debemos lealtad, obediencia y adoración absolutas.

13.2. Dios es santo

Dios es absoluta y perfectamente santo (Isaías 6:3), por lo tanto, no puede cometer o aprobar el mal (Santiago 1:13). Dios también requiere la santidad de nosotros. "sed santos como yo soy santo (1 Pedro 1:14-16).

13.3. La humanidad es pecaminosa

Según las Escrituras, todo el mundo es culpable de pecado: "No hay hombre que no peque" (1 Reyes 8:46). Eso no significa que seamos incapaces de realizar actos de bondad humana. Pero somos completamente incapaces de entender, amar o complacer a Dios por nuestra cuenta. (Romanos 3:10–12).

13.4. El pecado exige una pena

La santidad y la justicia de Dios exigen que todo pecado sea castigado con la muerte: (Ezequiel 18:4). Es por eso que simplemente cambiar nuestros patrones de comportamiento no puede resolver nuestro problema de pecado o eliminar sus consecuencias.

13.5. Jesús es Señor y Salvador

El Nuevo Testamento revela que fue Jesús mismo quien creó todo (Colosenses 1:16). Por lo tanto, Él posee y gobierna todo (Salmo 103:19). Eso significa que Él tiene autoridad sobre nuestras vidas y le debemos lealtad, obediencia y adoración absolutas. Romanos 10:9 dice: "Si confiesas con tu boca a Jesús como Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo".

Aunque la justicia de Dios exige la muerte por el pecado, Su amor ha provisto un Salvador que pagó el castigo y murió por los pecadores (1 Pedro 3:18). La muerte de Cristo satisfizo las demandas de la justicia de Dios y la vida perfecta de Cristo satisfizo las demandas de la santidad de Dios (2 Corintios 5:21), permitiéndole así perdonar y salvar a aquellos que ponen su fe en Él (Romanos 3:26).

13.6. El carácter de la fe salvadora

La verdadera fe siempre va acompañada del arrepentimiento del pecado. Tanto esa fe como el arrepentimiento son impartidos por el Espíritu Santo a sus elegidos. El arrepentimiento es estar de acuerdo con Dios en que eres pecador, confesar tus pecados a Él y tomar la decisión consciente de apartarte del pecado (Lucas 13:3,5; 1 Tesalonicenses 1:9), buscar a Cristo (Mateo 11:28-30; Juan 17:3) y obedecerle a Él (1 Juan 2:3). No es suficiente creer ciertos hechos acerca de Cristo. Incluso Satanás y sus demonios creen en el Dios verdadero (Santiago 2:19), pero no lo aman ni lo obedecen. La verdadera fe salvadora siempre responde en obediencia (Efesios 2:10).

Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995